

El dinero en el *fabliau*. Función literaria e ideología implícita

FELICIA DE CASAS. U.C.M.

Es indudable que no se debe tomar al pie de la letra lo que nos dicen los *fabliaux*, esas historietas divertidas, o *contes à rire* como los definiera Bédier¹, escritos a lo largo del siglo XIII, en el norte de Francia. Como en todo relato cómico, abundan en ellos la exageración y la caricatura. Pero tampoco parece que fuera necesario tener que demostrar el interés que estos cuentos puedan tener para el estudio de la mentalidad de la época en que fueron escritos, de una determinada mentalidad y, sobre todo, para determinar la visión que del mundo tenían sus autores o, al menos, querían dar.

Sin embargo nadie parece discutir, desde que J. Bédier les dedicara su famosa tesis doctoral, que una de las características del *fabliau* reside en su sentido literal. El *fabliau* se presentaría desprovisto de un segundo nivel de lectura, del *sens* tan revindicado por los autores medievales. Estos cuentos no sólo no habrían pretendido proponer un mundo idealizado, sino que ni siquiera habrían propuesto un ideal de comportamiento, según asegura Ph. Ménard². Según R. Bezzola, *le fabliau [...] marque l'absence de profondeur recherchée. C'est un conte fait pour le plaisir de conter, littéralement un conte non-signifiant*³. Para R. Giette, estos cuentos se limitan a mostrar el aspecto sensible de las cosas y *le propre du fabliau c'est qu'il refuse systématiquement toute référence*⁴.

Estas afirmaciones tan generalmente aceptadas no nos parecen, sin embargo, exactas. Dado que se trata siempre de relatos centrados en la tercera persona nos parece, por el contrario, que es inevitable que al enfrentarnos a ellos, además de divertirnos, se nos imponga lo que Jakobson, en un ensayo ya clásico⁵, llama la función referencial. Todo texto narrativo evoca un mundo, ficticio o real, poblado de seres y objetos que, dotados de determinadas propiedades, juegan un papel específico en lo narrado y el dinero,

como moneda contante y sonante, juega, a nuestro parecer, un papel específico en el *fabliau*. Para determinar ese papel nos proponemos establecer, en primer lugar, una descripción, necesariamente somera, de la realidad evocada por los *fabliaux* (un corpus de unos 160 textos). En segundo lugar, la descripción de la realidad que nos presentan los textos, en cuanto enunciado, a través de la función literaria que el dinero realiza en ellos. Por último, a través de una confrontación entre las dos descripciones trataremos de sacar conclusiones.

Quizás parezca poco ortodoxa la pretensión de querer describir el mundo evocado independientemente del texto que lo evoca y, sin embargo, es necesario hacerlo, ya que todo relato, y su mensaje implícito, depende de una serie de elecciones realizadas por el autor que dispone, a su modo, los elementos de la realidad que pretende evocar. Baste pensar en la multiplicidad de desenlaces que se ha dado al desarrollo similar de un mismo tema en los *fabliaux*, logrando así, en cada caso, una estructura significante distinta. Lo que en Francia es un cuento divertido, *Le mari qui fist sa femme confesse*, en el que el autor se limita a explicar la astucia femenina (la mujer que ha confesado su infidelidad al marido, disfrazado de monje, logrará convencerlo no sólo de su inocencia, sino que lo acusará de haber tratado de engañarla, por lo que merecía un castigo), es en Italia, en los cuentos de Bandello, una de sus historias trágicas, como él mismo la titulado⁶. Una historia de celos que culmina en el crimen.

A finales del siglo XI, coincidiendo con el fin de las invasiones a que se había sometido Francia en los siglos anteriores, se produce una expansión demográfica que aporta una mayor productividad. La autosuficiencia de la hacienda feudal propia de los siglos anteriores, se volvió anacrónica. Renace el comercio, crecen las ciudades y aparecen industrias productoras de bienes para compradores de otros países⁷. Ya en el siglo XII las órdenes religiosas de reciente fundación, como la cisterciense, y los nobles con iniciativa, aprovechan la mano de obra disponible gracias a ese aumento de población, para fundar nuevas instalaciones y cultivar tierras todavía vírgenes.

Como la necesidad de mano de obra era acuciante para estas nuevas colonias agrícolas, se ofrecieron condiciones favorables de empleo a todos aquellos que fueran a trabajar en ellas. Se garantizaba la libertad de todos aquellos que permanecieran en su trabajo durante un año y un día. No existía el trabajo semanal, temporal y gratuito, en beneficio del señor y las tierras se recibían en contrato perpetuo y hereditario. En algunos lugares,

los señores daban incluso cartas de privilegio, copia de las concedidas a la ciudades comerciales. Los que trabajaban las tierras debían, en compensación, efectuar determinados pagos a sus dueños y, aunque algunos de estos pagos recordaban el sistema feudal de la talla, o la obligación del servicio militar, el pago principal de este nuevo tipo de explotación agrícola era el *cens*, cantidad fija de dinero, correspondiente a lo que hoy llamaríamos renta. Los contratos se estipulaban a largo plazo, por lo que el pago se reducía a medida que subían los precios. A comienzos del siglo XIII había, por consiguiente, campesinos libres y ricos, como los que aparecen en el *fabliau*⁸. Esta nueva relación monetaria empezó a modificar la actitud de la nobleza frente a sus propias tierras. Más que obtener bienes para el consumo, como había ocurrido en los siglos anteriores, procuran los nobles conseguir mercancías para vender en el mercado a cambio de dinero, o percibir dinero en pago por el uso de sus tierras.

Los siervos, por su lado, desean mejorar su suerte, que era mucho peor que la que poseían los trabajadores del nuevo sistema agrícola, o la de los que trabajaban en las ciudades. La consecuencia es que son muchos los que consiguen su liberación contra un rescate, también pagado en dinero. Otras veces, incluso sin alcanzar la libertad, logran que muchas de sus obligaciones se comunten por pagos en metálico⁹.

El crecimiento industrial se localizó en las áreas principales de comercio, coincidiendo con el desarrollo de las ciudades en esas mismas áreas: el norte de Italia, Flandes y el norte de Francia (la Picardía y la Champaña). En el siglo XII Flandes estaba ya muy especializada en textiles, y el siglo XIII la producción flamenca de tejidos de lana alcanzó tal desarrollo, que la materia prima del país resultaba insuficiente para satisfacer la demanda de las hilanderas, por lo que se empieza a imponer la lana inglesa en grandes cantidades. Esta industria textil se establece también en las regiones vecinas del norte de Francia, en Amiens, Beauvais, Chalons-sur-Marne y Provins. Ciudades todas ellas que sirven con frecuencia de marco geográfico al *fabliau*. Hay gran número de molinos, tanto hidráulicos como de viento, y en estos cuentos la profesión más representada, después de la de comerciante, es la de molinero¹⁰, ya que la zona del *fabliau* coincide casi con la del desarrollo industrial y comercial¹¹.

Las ciudades que más se benefician del comercio europeo son aquellas que captan el comercio a través de lo que hoy llamaríamos *importación-exportación*, es decir productos europeos contra productos orientales. Para

facilitar esas transacciones mercantiles se instalan grandes ferias, puntos de reunión de mercaderes venidos de lugares distantes con mercancías que vendían, al por mayor, a los compradores locales o a los forasteros. Comienzan a aparecer estas grandes ferias a finales del siglo XII y alcanzan su máximo esplendor en el siglo XIII. Las más importantes de estas ferias mayoristas surgieron a lo largo de las rutas terrestres recorridas por los mercaderes procedentes de los dos grandes centros económicos de Europa: los Países Bajos e Italia septentrional. Allí donde se encontraban las dos corrientes, en la Champaña, es donde mayor auge tuvieron las ferias y la riqueza que de ellas se derivaba. En Provins, por ejemplo, la feria, celebrada dos veces al año, producía una tal concentración de mercaderes que había alojamientos especiales para los lombardos, los ingleses y los alemanes. Los mercaderes compraban y transportaban mercancía en común, aunque sólo fuese uno el que se hiciera cargo del transporte, dividiendo luego los beneficios o las pérdidas, de acuerdo con la inversión de cada uno. En *Une pleine bourse de sens*¹², el protagonista del *fabliau*, un comerciante, en cuanto vende en la feria de Ypres lo que lleva, vuelve a cargar sus diez carretas con objetos de oro y plata, con tejidos de púrpura y con las mejores lanas de Brujas y Saint-Omer. Cuando a su regreso, para comprobar la fidelidad de su amante y la de su mujer, asegura haberlo perdido todo, se presentan en su casa *cil et celes qui plevit l'ont*, los que a él habían confiado sus mercancías bajo palabra. El *borjois* se lamenta de haber perdido lo propio pero sobre todo lo ajeno. Confía, sin embargo, que entre todos lo sacarán del mal paso y así se lo dice *entre vous qui plevi m'avez/, me desportex, s'il vous plést*. Como en este caso se trataba de una pérdida fingida, todo termina bien para todos y para la paz conyugal.

A la expansión comercial e industrial corresponde un aumento en el uso del dinero como medio de cambio, tanto en la agricultura como en el comercio o en la contratación de mano de obra. Ahora bien, los hombres de negocios, los comerciantes, o los fabricantes de productos, necesitan un dinero que se ha respectado y aceptado en todas partes, por lo que comienza una reforma monetaria solicitada por todos los grandes centros comerciales. Esta reforma era, por lo demás, muy necesaria. Desde la realizada por Carlomagno habían dejado de acuñarse en Francia, y prácticamente en toda Europa, salvo en la España musulmana, las monedas de oro. El *sou*¹³ sólo existía como valor contable, para establecer el valor del resto de las monedas tomando como patrón o como total valorativo. Así lo utiliza

Boivin de Provins¹⁴, cuando, queriendo engañar a la dueña de un prostibulo, simula contar grandes cantidades de dinero obtenido en la feria de Provins por la venta de sus bienes:

Rouget me dio 39 sols, 12 deniers le di a Giraus que me ayudó a venderlos, 12 a venderlos, 12 se quedó el mediador..., 19 sols me dio Sorin..., ya lo tengo todo, 19 sols y 39 y los deniers... que me maten si logro echar la cuenta, porque del trigo, de mi mula, de mis cerdos, de la lana y de mis corderos obtuve 2 veces 50, y un chico, que echó la cuenta, me dijo que todo era 5 libras..., 12 deniers, bueno, contándolo todo que son 20 sous 5 veces¹⁵.

En los siglos anteriores, los señores feudales se habían atribuido el derecho de acuñar monedas y a finales del siglo XI existían casi tantas monedas como feudos, variando todas ellas en ley y peso. Eran, por lo tanto, poco fiables. Se mezclaban tanto cobre a las de plata que ésta no llegaba a un 10 %, con lo que se ennegrecían rápidamente y recibían el despectivo nombre de *nigri dinarii*. La técnica para acuñar moneda, consistente en martillar trozos de metal y grabarlos luego en un troquel, no permitía obtener pesos, tamaños y formas estandarizados. Las diferencias resultantes de estas técnicas invitaban a la falsificación y a prácticas habituales como la de recortar los bordes o hacer *sudar* las monedas de plata, sacudiéndolas dentro de un saco de cuero para recuperar cierta cantidad de polvo metálico¹⁶. En el siglo XII se prohibe a los señores feudales que sigan acuñando monedas que nadie acepta y Luis IX regulariza su peso y ley. Crea, además, nuevas monedas de oro, el *tournoi* y el *parisis*, nunca citadas por los autores del *fabliau*, del mismo modo que parecen ignorar las *lettres de foire*, origen de las letras de cambio, creadas en las ferias de Champaña, especialmente en Troyes.

También la Iglesia cambió de actitud frente al dinero. En los siglos anteriores no solo había condenado el préstamo con interés, práctica identificada con la avaricia, sino que había defendido la teoría de que el dinero era, de por sí, improductivo y estéril. Les estaba prohibido a los eclesiásticos el cobro de intereses y los tribunales eclesiásticos eran los que juzgaban los pleitos en los que intervenían la usura. El siglo XIII, los Padres de la Iglesia mantenían aún una oposición más o menos ficticia al cobro de intereses, pero de hecho habían perdido la batalla. El papado se sirve de banqueros para la recaudación del *denario de San Pedro*, para las transferencias de efectivo hechas desde, o hacia, Roma y para la administración

general de las finanzas de la Iglesia. Los abades tomaban prestado cuando querían comprar tierras, o construir un edificio especialmente costoso, y se consideraba que el cobro de intereses era justo, dado que el prestamista corría un peligro real de pérdida¹⁷. La Iglesia no sólo había admitido la relación monetaria son sus campesinos, como hemos visto anteriormente, sino que había aceptado la rentabilidad del dinero.

En el *fabliau* la única riqueza que parece ser considerada como tal es la que se expresa en tierras, casas, ganado, tejidos y cereales, pero nunca en dinero. No se trata de que las cosas no tengan un precio. Encontramos enumeraciones detalladas del valor de determinados objetos en dinero: el campesino que va al mercado lleva *3 mailles* para un rastrillo, *1 denier* para un pastel de carne, que suponemos llevará a su casa para la familia, pues lleva otros *3 deniers* para sus gastos¹⁸. Sabemoslo que costaba un buey, una vaca¹⁹, y hasta un sombrero²⁰. Las tres damas que deciden, en ausencia de sus maridos, darse un banquete en la taberna²¹ están dispuestas a pagar hasta *10 sous* por un vino blanco, *fuerte, fino, fresco, goloso en la lengua, dulce y suave en la garganta*. A tres ciegos les pide un tabernero, en Compiègne, *10 cent* por el pan, el vino y el *paté* que han consumido; precio justo al parecer de los ciegos, aunque no puedan pagarlos²². Pero siempre se trata, en estos casos, de simples enumeraciones y las cantidades así enumeradas no parecen tener otra función que la de dar un tinte de veracidad al relato en que aparecen.

Algunos autores de *fabliaux* reconocen el inegable servicio que presta el dinero. No sólo permite adquirir herramientas o comida, sino que es imprescindible para vivir. Si una joven pareja conoce la pobreza, casi la miseria, después de la boda y, como consecuencia de esa escasez, la desavenencia, se debe a que, además de poseer poco antes de casarse (*47 sous* de los que una buena parte se va en adquirir ropa adecuada para el ilusionado novio), los invitados y vecinos se muestran poco generosos en metálico y les dan *paus deniers*²³. En la *Houce partie*²⁴, un anciano padre se desprende de las 1.500 libras que poseía para constituir la dote de su hijo, ya que éste ha decidido casarse con una mujer de mejor posición social que la suya. Al final tendrá que lamentarlo, pues el hijo, instigado por esta misma mujer, tratará de hecharlo a la calle. Pero aparte de estos dos casos, en un total de casi 160 cuentos, el dinero no parece ser considerado un bien en sí mismo, a diferencia de la riqueza, que si lo es en opinión de todos los autores.

En la única ocasión en que el dinero realiza una función beneficiosa en el *fabliau*, el autor nos traslada al infierno²⁵. Allí bajará San Pedro para tentar al juglar que Satanás ha dejado al cuidado de las almas. El Santo propone a este juglar que jueguen a los dados, pero el guardián se resiste alegando que no tiene dinero. Cuando San Pedro se muestra dispuesto a aceptar, como apuesta, cinco o seis almas, el juglar se horroriza porque, si las pierde, su amo se lo comerá vivo. Pero cuando ve las monedas que le enseña San Pedro, *de buena ley, de oro fino, relucientes, recién acuñadas* cede a la tentación y, como es lógico, pierde todas las almas, una trás otra, con lo que se vacía el infierno para alegría de todos. Incluso del juglar, pues Satanás, enfurecido, no sólo lo explusa de los infernales lugares, sino que prohíbe la entrada a todos los de su mismo oficio.

Pero esta función benéfica del dinero es excepcional en el *fabliau* que lo considera, por el contrario, como un invento diabólico. Un campesino que vende su alma al diablo²⁶ ve como es acuñado en el mismo infierno por los demonios. Estos practican allí su oficio, *lor mestier*, a gran velocidad, fabricando monedas de distinto cuño y les basta un grano de cebada, como materia prima, para hacer *100 sous*. El autor de otro de estos cuentos²⁷ maldice a los que aman las monedas, a los que califica de *mauvais*, y a quien mandó hacerlas por vez primera. Las monedas nunca son consideradas como una riqueza tranquilizadora, sino como un elemento negativo. Como dice M. Foucault, las monedas *signes de l'échange parce qu'elles satisfont le désir, s'appuient sur le scintillement noir, dangereux et maudit du métal. Scintillement équivoque, car il reproduit au fond de la terre qui chante l'extrémité de la nuit*²⁸.

En el *fabliau* suele aparecer el dinero como un elemento corruptor. En el *Segretain moine*²⁹, el *clerc* que desea a la esposa del joven pródigo trata de convencerla ofreciéndole más de *100 livres*. Guillermo el Normando nos presenta al Chapelain de Saint Cire inflamado por la joven Marión y diciéndose a sí mismo que daría más de *10 livres* por conseguirla. Para lograrlo asegura a Mahaut, la madre, que tiene un buen dinero en monedas y que se lo traerá³⁰. A otra apetecible dama le ofrecerán *300 livres*³¹. El joven que desea a la mujer de su vecino promete a Aubérée, la celestina, *50 livres* si logra traersela y Aubérée, ante la suma, asegura que por mucho que la guarden ella sabrá cómo hacerlo³².

En estos cuentos, el dinero siempre acompaña a la codicia. El párroco que entierra su burro en el campo santo, en agradecimiento por lo mucho

que ha trabajado por él, se libra del castigo con que le amenaza el obispo, diciéndole que el asno le ha dejado 20 *livres* en su testamento³³. Para burlarse de la codicia de los jacobinos, codicia que era uno de los lugares comunes de la crítica a que se veían sometidos los dominicos que vivían en la calle St. Jacques en el siglo XIII, Jacques de Baisieux presenta a dos de ellos insistiendo, una y otra vez, ante un buen párroco moribundo, para que les deje 20 *livres*. El sacerdote, que ya lo ha repartido todo entre los pobres y los franciscanos, les promete, para que lo dejen morir en paz, lo que más aprecia, aquello de lo que depende su vida: su vejiga³⁴. Del mismo modo, se dejará vencer por la codicia, para detrimento de su integridad física, el *clerc* que cede la invitación de dos maleantes para jugar a los dados. Considerándolo indigno de su condición comienza por negarse, pero cuando estos enumeran las muchas, y supuestas, monedas que poseen y que están dispuestos a apostar en cada partida, se deja convencer³⁵.

El dinero ayuda siempre a describir a un personaje negativo. Era costumbre en la época, que un rico comerciante, o un campesino poseedor de muchas tierras, se casará con una mujer de rango social más elevado, como lo hacían siempre los nobles³⁶. Para los autores de los *fabliaux* ese tipo de matrimonio sólo parece lícito si se trata de un comerciante *cortés*, y el dinero no parece intervenir para nada en el matrimonio concertado. Si se trata de un campesino, este matrimonio sólo se explica, para los autores de los *fabliaux*, porque estos campesinos poseen mucho dinero, en monedas. Este dinero servirá para satisfacer la codicia del padre de la joven doncella, que considera que la felicidad de la joven depende del número de monedas que posea el marido y no de sus cualidades. Cuando la joven Castellana de St. Gilles objeta su padre que prefiere morir a casarse con un campesino que tiene la desvergüenza de pretender a la hija de un noble, éste le contesta que debe hacerlo para tener un montón de monedas, *a plenté monoie*³⁷. Otras veces no es la codicia paterna la causa de este *mal* matrimonio, sino la extrema pobreza, unida a la orfandad de la madre, lo que llevará al padre, envejecido y lleno de deudas, a ceder su hija a un campesino rico³⁸. Sólo el dinero que posee la madre de un joven campesino y las deudas del padre de la futura novia, hacen posible la boda entre un tonto y la hija del noble del lugar³⁹. Un rico usurero, que posee los *deniers a mines et a setiers*, a montones, por cestos, logrará casar a su despreciable hijo Béranger con la hija de un noble cargado de deudas⁴⁰. Estos maridos ricos en monedas son siempre avaros, roñosos, Glotón, vanidoso y cobarde es

Bérangier. Tonto el hijo de la campesina vieja, hasta tal punto que ésta le pedirá a un juglar, Jouplet, que dé a su hijo unas elementales clases de iniciación el día mismo de la boda. Brutal y celoso el marido de la huérfana, a la que pega todos los días antes de irse a trabajar, a fin de que, ocupada en llorar, no piense en engañarlo. Son tan desagradables estos ricos en monedas que parecen merecer el castigo que, invariablemente, sufrirán: a uno lo hartarán de ciruelas verdes el día de la boda, con sus previsibles consecuencias, a otro lo molerán a palos, así probará su propio jarabe. Al fanfarrón y cobarde Bérangier, lo obligará su mujer, revestida con una armadura, ante la que se rendirá el marido, sin tocar siquiera la lanza, a la mayor de las humillaciones a la que podía un caballero someter a otro. Será tal el pavor que Bérangier experimente ante este caballero desconocido, que bastará que su mujer lo invoque para que acepte, sin rechistar, su deshonor como marido, además cuando vuelva a su casa.

Después de los trabajos publicados por P. Nykrog⁴¹ y J. Rychner⁴² parece difícil sostener que el *fabliau* se escribió para uso y disfrute de la burguesía, como afirmó Bédier y parecen seguir sosteniendo algunos autores en nuestros días, si por burguesa entendemos esa clase naciente de comerciante e industriales que, como hemos visto, consideraba el dinero un buen instrumento de trabajo. Tampoco debían dirigirse los autores de estos cuentos a la aristocracia o a aquellos que practicaban la cortesía y su código, como sostiene Nykrog. Estas historietas se dirigían, en principio, a todos los públicos, incluso a las monjas, si creemos a Aelred Riëdval⁴³. Lo que reflejan sus autores no es la mentalidad de los burgueses ni la de los aristócratas. No es la de esa nueva clase de hombres, procedentes de los tres estamentos, que son emprendedores, capaces de correr riesgos, creadores del comercio internacional y de la industria, impulsores de una reforma monetaria y agraria, y de unas medidas que hoy llamaremos bancarias, para aumentar su riqueza, qué duda cabe, pero también la de los demás.

Lo que refleja el *fabliau* es una mentalidad eminentemente conservadora. En la medida en que el *dinero expresa una relación global entre individuo y sociedad*, como sostiene P. Vilard⁴⁴, el utilizado en el *fabliau* expresa una relación anclada en los siglos que precedieron a la elaboración de estos cuentos. Sus autores parecen ignorar, o condonar implícitamente, todos los cambios que se producían en la sociedad en la que estaban viviendo y de los que el dinero era un síntoma. Los autores del *fabliau* lo condenan, tratándolo con la desconfianza propia, y lógica de los siglos precedentes,

desconfianza que ante la reforma realizada ya no tenía razón de ser. También lo condenan como generado del nuevo orden económico y social. La vida de los individuos, resuelta de ante mano por el lugar social en el que nacían, deberá quedar integrada en un orden inmutable. No debía sufrir cambios, y cada cual debía aceptar su estado sin tratar de alterarlo mediante una nueva relación basada en un nuevo orden de cosas. Orden nuevo en el que, como hemos visto, jugaba un importante papel el dinero líquido.

NOTAS

1. J. Bédier, *Les fabliaux, études de littérature populaires et d'histoire littéraire du Moyen Age*". Paris, 1893, edic. de 1964, p. 30.
2. Ph. Ménard, *Les fabliaux, contes à rire du moyen age*. Paris: P.U.F., 1983.
3. R.R. Bezzola, *Le sens de l'aventure et de l'amour*. Paris, 1947, p. 7.
4. R. Giette, *Forme et signifiance*. Genève: Droz, 1978, p. 74.
5. R. Jakobson, *Linguistique générale*. Paris: Editions de Minuit, 1963, pp. 214-220.
6. Citada por Bédier, *op. cit.*, pp. 290-291, y referida a la traducción que de Bandello hizo François de Belleforest, *Histoires tragiques*, V. III, p. 249, ed. de 1604.
7. Vid H. Pirenne, *Histoire économique et sociale de l'Europe médiévale*. Bruxelles: NOuelle Société d'Edition, 1936.
8. "Boivin de Provins", "Le Vilain Mire", "Jouplet", "Bérangier au long cul", etc.
9. Vid Sh.B. Clough y R.T. Rapp, *European Economic History*, McGraw-Hill, Inc., N.Y. Traduc. de la Editorial Omega, Barcelona, 1982, p. 66 y ss.
10. "Le meunier et les II Clers", "Le meunier D'Arleux", etc. A título de anécdota, es curioso comprobar que ya en estos cuentos el molinero es una persona poco honrada, con tendencia al hurto, tal como quiere la tradición folclórica.
11. Vid. M.-Th. Lorcin, *Façon de sentir et de penser, les fabliaux français*. Paris: Champion, 1979, p. 101.

12. "Pleine Bource de sens", Vol. II, p. 88 de la ed. de Anatole de Montaiglon y Gaston Raynaud *Recueil général et complet des fabliaux des XIII^e et XIV^e siècles*. New York-París: Burt Franklin, 1872-1890. Todas las citas de los "fabliaux" hechas a continuación están sacadas de esta edición, la más completa hasta nuestros días.

13. Bajo Constantino, a raíz de la reorganización del Imperio Romano, se fija la unidad monetaria en una pieza de oro macizo, el "auris solidus nunmus" o "solidus", de donde procede el "sou" medieval que contiene 4,48g de oro fino.

14. "Boivin de Provins", Vol. V, p. 52.

15. El "denier" era una moneda de plata equivalente a una doceava parte del "sou" de oro. La "livre", de plata, era equivalente a una libra-peso de plata, unos 20 "sous". La "maille" era la más pequeña de las monedas en tiempos de los Capetos, su valor era equivalente a la mitad del "denier". El "sol" era una moneda de plata equivalente a doce "deniers".

16. *Vid.* M. Bloch, *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*. París: Armand Colin, Cahiers des Annales, núm. 9, 1954.

17. Sh. B. Clough y R. T. Rapp, *op. cit.*, pp. 116-117.

18. "Le Vilain de Farbu", Vol. III, p. 82.

19. "Boivins de Provins",...

20. "Du valet qui d'aïse se mit en malaise", Vol. II, p. 157.

21. "Des III dames de Paris", Vol. III, p. 146.

22. "Des III aveugles de Compiègne", Vol. I, p. 140.

23. "Du valet qui d'aïse..."

24. "La houce partie", Vol. I, p. 82.

25. "Des Saint Pierre et du jongleur", Vol. V, p. 70.

26. "Du vilain qui donna son âme au diable", Vol. VI, p. 34.

27. "Des II boçus", Vol. I, p. 22.

28. M. Foucault, *Les mots et les choses*. París, 1966, p. 184, in P. Vilar, *Or et monnaie dans l'histoire*. París: Flammarion, 1974, p. 15.

29. "Du segretain moine", Vol. V, p. 215.
30. "Du preste et d'Alison", Vol. II, p. 8.
31. "D'Estorninr", Vol. I, p. 198.
32. "Aubérée", Vol. V, p. 5.
33. "Le testament de l'asne", Vol. III, p. 215.
34. "Le dis de le vescie aprestre", Vol. III, p. 106.
35. "Du prestre et des II ribaus", Vol. III, p. 58.
36. *Vid. G. Duby, La femme, le prêtre et le chevalier.* Paris: Gallimard, 1981, cp. 3.
37. "La chastelaine de Saint Gille", Vol. V, p. 49.
38. "Le vilain mire", Vol. IV, p. 155.
39. "Jougle", Vol. III, p. 112.
40. "Bérangier..."
41. P. Nykrog, *Les fabliaux, étude d'histoire littéraire et stylistique médiévale.* Copenhague, 1957, 2^a edic. Ginebra. Droz, 1973.
42. J. Rychner, *Contribution à l'étude des fabliaux.* Neuchâtel-Genève: Droz, 1966.
43. A. de Riëvald en su *Institutio inclusiarium* pone en guardia a las reclusas contra las viejas entrometidas que, contándoles "fabliaux" obscenos a través de la reja, podrían inducirlas a desear la libertad y a la lujuria.
44. P. Vilard, *op. cit.*, p. 27.